

ventar. Los solicitantes obtuvieron del Comisario de Agricultura un pedazo de papel en apariencia de oficio. Tenía el papel un gran sello rojo y un número. Para el niño era la garantía de su pedazo de tierra. Se hicieron los niños terratenientes. Cultivaron hortalizas. Arrancaron las malas yerbas, escarbaron, cavaron, se hicieron innumerables preguntas, tuvieron largas disputas y deliberaciones acerca de lo que debía sembrarse. Unos sembraron sólo una cosa; otros, otra; algunos experimentaron con diversas cosas a la vez y en todos había gran regocijo. El Comisario de Agricultura se convirtió en un personaje importante. No sólo distribuía la tierra, sino que él y sus asistentes vigilaban las operaciones. Tenía tarea la Comisión de Agricultura con la demanda de instrumentos, semillas, consejos. Había muchas solicitudes de tierra. A los que descuidaban el cultivo de su parcela, se les pedía que la cedieran a los que no tenían tierra. Hubo dimes y diretes. Lo que originó una Comisión judicial.

La Comisión de Agricultura necesitaba dinero. Tenía que comprar instrumentos y semillas. Alguien sugirió que los niños debían pagar un impuesto fijo. Ahora todos los niños pagan cinco centavos mensuales por el lote de tierra, y pueden tener tantos como puedan cultivarlos bien.

La cosecha de las hortalizas suscitó nuevos problemas. Había que venderlas. Algunos niños sabían más que otros acerca del modo de venderlas. Con ellos se formó la Comisión de ventas. La Comisión se componía de tres miembros. Iban al Mercado los viernes por la mañana y se informaban de los precios de las remolachas, zanahorias, cebollas, rábanos, repollos y otras hortalizas de las que la escuela cultivaba. Los niños llevan a la Comisión de ventas las cosas que pueden vender ese día. Un precio se fija a los productos, algo más bajo que el reglamentario del Mercado. Vendidos los productos, el dinero se divide en tres partes: un tercio para la Comisión de Agricultura, para que compre más semillas e instrumentos; un tercio para el Banco, pues entonces ya se había formado un banco; y un tercio para el niño que había recogido la cosecha. El 10 % de la suma total se entrega a la escuela para la merienda con que se obsequia a unos doscientos niños sin hogar.

Todo esto imponía a los niños problemas de matemáticas, algo complicados. La aritmética se volvió un asunto apremiante. Querían saber justamente cómo iban sus cuentas. ¿Qué le tocaba a un niño que había cosechado veinte remolachas, cincuenta rábanos, trescientas cebollas, una docena de repollos, en su diversidad de precios, y teniendo que dejar un tercio a la Comisión de Agricultura, un tercio al Banco y el 10 % de la suma total al fondo de la merienda escolar? Acudieron al maestro de aritmética. Tiene éste un cuarto grande con un pizarrón. Llegan los niños y le plantean sus problemas. El maestro de aritmética lo pone todo en el pizarrón y simplifica las cosas. De paso los niños se interesan por los problemas ajenos y se quedan en el aula mientras son resueltos. Si no, dicen:

—¿Nos da permiso de retirarnos?

En México todos dicen «con permiso», que siempre se concede. Se van los niños, pues, y se ocupan de otras cosas más urgentes, que les interesan más.

Tan luego como los niños comenzaron a ganar dinero, el problema del ahorro se presentó. Con el objeto de conservarlo, eligieron un Comisario de Bancos. El banquero guarda la plata de todos los niños en un gran saco de papel. Era el único alumno calzado. Todos los niños llevan la cuenta de lo que se les debe. Si un niño quiere comprar unos pantalones, por ejemplo, como uno de los más jovencitos me dijo que quería hacerlo, se dirige por nota al Banco, con la promesa de pagar intereses y devolverlo al cabo de un tiempo. Si no

cumple su palabra, el caso pasa a la Comisión de Justicia. Poco a poco, esta Comisión se ha ido desarrollando, se ha ido convirtiendo en el centro de litigios. La sentencia que da la Comisión es algo seria, porque el niño que pierde su tierra, pierde algo en realidad. Poseía un niño cuatro parcelas, de cinco pesos mexicanos cada una. Tenía el niño, pues, veinte pesos mexicanos, y esto, para un peón ya grande, no digamos para un niño, es casi un millón. De tal modo que si la Corte procede contra él, la cosa no es juguete. El pobre niño en realidad ha perdido una fortuna.

El Departamento de Educación todas las mañanas le da el desayuno a nueve mil niños. De ellos, novecientos pertenecen a la Escuela. Los niños saben que hay que poner la mesa y la ponen, sin que nadie se los exija. Cuando entran a la escuela, si no les toca barrer, o empujar el carrito, o desyerbar, algo hacen, tal vez poner la mesa. Puesta la mesa, se alistan para el desayuno.

A tiempo que unos ponen la mesa, otros llenan de agua una tina grande. Recuerdo haber visto una mañana a dos chichuelos de cinco años a lo más, que volvían con un cubo que por lo muy pesado no podían alzar; a ratos lo arrastraban y el agua se derramaba: llevaron el agua a la tina, volvieron por otro cubo, y sentáronse a coger aliento. Entonces un muchacho de más años fué por agua. Vió la tina y el cubo. Supo que la tina debía llenarse y que el cubo era para traer agua. Tomó, pues, el cubo y se fué a buscar el agua.

Cuando todo está listo para el desayuno y todos están en fila, prontos para sentarse a la mesa, en donde hay bollos de pan y leche caliente, pasan por delante de la tina. En frente está el pequeño Comisario de manos y caras, con una toalla grande. Los examina uno a uno. Pasan y a poco andar otro pequeño Comisario los espera: el de narices, sin más armas que un gran rollo de pañuelos. Si un niño es tan chico que no se basta o no lo hace bien, el Comisario lo ejecuta por sí.

Entonces están listos para el desayuno. Terminado, trescientos niños lavan y limpian los trastos y alistan la mesa para los que siguen.

Hay una Comisión reducida de cabezas desgreñadas que se ocupa en atusar por ahí de veinte melenas al día. Capturaron a un granujilla cuyo pelo parece ser peligrosamente largo. Si se duele de que pretenden cortárselo, puede apelar a la Comisión Judicial, que, previo un estudio cuidadoso, resuelve lo conveniente del caso.

Los niños más pendencieros, por un curioso instinto y común acuerdo, resultan electos jueces; supongo que la filosofía del hecho consiste en que los más pendencieros entienden más de riñas que los otros. Y así los camorristas resultan Comisarios de la ley y del orden.

Los niños mayores del vecindario que tienen que trabajar para ganarse la vida no resistían a la tentación de ir a la escuela; de modo que llegaron y dijeron: «Maestro, queríamos venir a la escuela». Y el maestro dijo: «Vengan». Pero no podían. Tenían que ganar algunos reales. Así, pues, uno de los mayores sugirió que él trabajaría en su oficio enseñándoselo a los más chicos, con tal que éstos trabajaran para él mientras estuviera yendo a la escuela. Ahora todos los niños mayores del vecindario que quieren asistir a la escuela vienen y hallan algunos de los más chicos que quieren aprender su oficio propio. Los chicos emplean parte de su tiempo en trabajar para los mayores que están yendo a la escuela. Sonríe el maestro y dice «Sí» y les enseña la bondad. La honradez no la enseña. Le pregunto por qué y me responde.

—Aprenden ellos a ser honrados manteniendo relaciones honradas entre sí.

Pero él les enseña la bondad.

Por completo ignoro lo que es la *bondad*, pero es algo